

Antes de empezar

¿Cuándo empieza una historia? ¿Quién de nosotros podría afirmar con exactitud cuándo está comenzando algo? ¿Cuándo empezó ésta, la historia de Marta, Pando, Sergio, Félix, Rocío..., que también
5 podría ser nuestra propia historia?

Tal vez el principio se remonte a aquel partido del Español en que Pando conoció a Zetaté. Era a principios de temporada, el primero o el segundo partido de la liga, y Pando acudió con su hermano
10 Sergio, que estaba entusiasmado. Zetaté (su verdadero nombre nunca lo sabremos) y sus amigos no faltaban a un solo encuentro de su equipo. Eran de esa gente a quien les hierve la sangre con facilidad cuando los suyos van perdiendo. Para entendernos:
15 les hierve *demasiado* la sangre, y con *demasiada* facilidad. Las ganas de bulla del grupo pronto degeneraban en insultos contra los seguidores del adversario, en objetos lanzados al campo o en duras peleas.

20 Un poco antes de conocer a Zetaté, Pando ya era un chico con problemas. Mucho antes: hasta los doce años se orinó en la cama, sin que ningún psicólogo infantil supiera explicarse por qué. Tenía

aptitudes para el estudio pero su pereza siempre le ganaba la batalla. Lo normal era que permaneciera en clase por la misma razón que están allí las sillas o las mesas, pero jamás atendía a las explicaciones, ni tomaba apuntes, ni hacía los deberes. El vuelo de una mosca le parecía mucho más interesante que cualquier asignatura, y pasaba horas enteras con la mirada perdida en el pedacito de cielo que se veía desde la ventana. Tampoco fuera del aula era un chico demasiado normal: nunca se mezclaba en los juegos de sus compañeros de clase, no le gustaba ir a las excursiones ni participar en las fiestas de la escuela y jamás practicó ningún deporte. Ni recordaba haber tenido un verdadero amigo en toda su vida. A su padre le molestaba su comportamiento, y durante mucho tiempo creyó que los castigos lograrían enmendarlo, pero se equivocó, y sólo consiguió el efecto contrario: al llegar a la adolescencia, Pando era un muchacho rebelde, retraído, despreocupado, que faltaba a clase constantemente y no hacía caso de nada ni de nadie. En pocas palabras: todo le daba igual.

El último de los psicólogos al que se dejó llevar —también en compañía de Sergio, que siempre fue mejor estudiante y mejor hijo que él— dijo algo sorprendente, que no olvidaría jamás: «En mi opinión, señores, el chico tiene unas capacidades mentales privilegiadas. Esa podría ser la causa principal de la inadaptación que viene demostrando desde hace tanto tiempo. Existen modos de evitar que esto sea un problema para ellos, librándoles del aburrimiento, la desgana o el fracaso escolar en el que suelen caer tarde o temprano. Para decirlo

de un modo sencillo, su hijo ve tan fácil hacer lo que todos hacen que ni siquiera se molesta en intentarlo.» A Pando le sorprendió esta explicación, pero por primera vez sintió vagamente que alguien le comprendía. Aunque, la verdad, que alguien le comprendiera no le servía de nada. Su padre hizo muchas preguntas y aprovechó para explicar algunos de sus problemas con Pando, en algunos casos hasta el mínimo detalle. Le habló de lo mucho que había intentado que su hijo estudiara, de los castigos, de su desgana, de su falta de interés por los deportes y hasta le explicó al especialista que, en sus años de estudiante, él había pertenecido al equipo de la escuela, y que eso le había marcado para toda la vida.

«Un hijo no debe ser lo que nosotros queremos que sea», dijo el psicólogo, que parecía algo cansado.

Al salir del despacho de la consulta, el padre de Pando soltó un bufido y dijo: «¿Cualidades especiales? Bah, tonterías..., éste lo que necesita es un par de bofetones», y así zanjó el tema para siempre. Pando no sabría hasta muchos años más tarde que fue un niño superdotado y que ésa fue la causa de casi todos sus problemas. El que más le dolió fue la falta de amigos. Siempre fue un solitario, y no por voluntad propia, como pensaban casi todos. Era, más bien, que nunca supo cómo comportarse en compañía de otros, de qué hablar, cómo mirar a las chicas, qué hacer en las discotecas. El resultado de tantas dudas siempre era su silencio, su desgana y, con el tiempo, su cerrazón.

Pero hablábamos del día en que Pando y Ser-

gio conocieron a Zetaté. En aquella época ya hacía tiempo de aquella visita al psicólogo, y todos los profesores del colegio tenían a Pando en el punto de mira por sus constantes faltas a clase y por el mal carácter que venía demostrando. Un par de 5 semanas atrás se había comprado su primera navaja, y la llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, de modo que si alguno de sus compañeros le levantaba la voz, inmediatamente hacía el gesto de llevarse la mano atrás. En realidad, ese ademán 10 no significaba en él la amenaza que todos veían, sino algo mucho más penoso y profundo: que estaba muerto de miedo. Del mismo modo que cuando los gatos erizan la piel de la espalda y sacan las uñas no están atacando, sino defendiéndose de un 15 peligro para ellos temible: nosotros. O eso opinan los naturalistas.

Cuando conoció a Zetaté, Pando acababa de empezar las clases. Era noviembre, y repetía cuarto por segunda vez. Esto no le importaba lo más mí- 20 nimo, porque sabía que según la nueva ley de enseñanza, podía no dar golpe y concluir sus estudios igual que si se quemara las cejas empollando. Qué ley tan imbécil, pensaba para sus adentros, pero se beneficiaba de ella muy a gusto. ¿Para qué iba 25 a esforzarse, de todos modos, si tampoco sabía a qué se iba a dedicar? ¿En la lista de qué grupo laboral se incorporaría su nombre a las estadísticas de desempleo, dentro de unos años?, pensaba. Lo 30 único que tenía claro era que no deseaba trabajar en el taller mecánico de su padre.

Es muy probable que Pando no fuera, ni siquiera entonces, el loco que quería hacer creer que era.

Es muy probable que desde el principio se diera cuenta de que sus nuevos amigos no eran muy buena compañía. Prefería fingir que no oía sus comentarios racistas y sus consignas violentas que tratar de llevarles la contraria. Para él, lo fundamental en aquel momento era, por este orden: a) fastidiar a su padre lo más posible; no encontró un modo más eficaz de hacerlo que unirse a Zetaté y compañía; b) tener por fin un grupo de colegas con los que salir de vez en cuando, aunque fuera a gritar, insultar y arrojar desperdicios a un campo de fútbol. A Sergio, ninguna de estas dos cosas le preocupaban lo más mínimo. Sus obsesiones seguían otro camino muy distinto, como pronto sabremos. Quizás por eso, o por los años que le separaban de su hermano mayor, nunca se le ocurrió unirse como él al grupo de Zetaté.

Lo primero que compartió Pando con Zetaté y sus amigos fue una cerveza. Beber de la misma botella era para ellos algo así como un pacto de sangre. Luego fue integrándose poco a poco en la pandilla, a fuerza de borracheras conjuntas, la celebración de algunos triunfos futbolísticos y hasta algún que otro cigarrillo de chocolate.

¿Cuándo se dio cuenta Pando de que las consignas que coreaban sus amigos, sus cabezas rapadas y sus botas militares significaban algo más que un apego a determinada moda? ¿Cuándo supo que Zetaté y los suyos se hacían llamar Nitroglicerina o, como ellos preferían, La bomba de las gradas? ¿Cuándo fue la primera vez que oyó hablar a Zetaté de la pureza de la raza, de las juventudes fascistas, de la ultraderecha neonazi, de todas aquellas